

LACHMAN, GARY: *El conocimiento perdido de la imaginación*. Vilaür: Atalanta, 2020, 225 pp.

La ciencia parece haberse erigido como única prótesis epistemológica válida, como criterio único y rector de nuestras interpretaciones del mundo. La pretensión ilustrada de una razón capaz de solventar todos los problemas que acechan a una fatigada y doliente humanidad, además de infructuosa ha evidenciado ser el paradigma de la vanidad triunfante. Victoria conquistada por mor del exilio de la imaginación, de la intuición, de la fantasía, todas ellas antaño estimadas facultades cognoscitivas auxiliares. Esta invasión de la ciencia en otros enclaves epistemológicos corre pareja al descrédito de la religión y de la magia como paradigmas explicativos, que se suman al destierro del pensamiento imaginativo y a la humillación y rebajamiento de sus estatutos epistemológicos. *El conocimiento perdido de la imaginación*, obra de Gary Lachman posa su mirada sobre este escenario para reivindicar una tradición de pensamiento durante largo tiempo humillada.

Conocidos son los antecedentes musicales de Lachman como bajista de la banda musical *Blondie* así como su vertiente de ensayista cuyas líneas de estudio atienden a la conciencia, el hermetismo y el pensamiento imaginativo. De esta manera, *El conocimiento perdido de la imaginación* —uno de sus libros más recientes— se suma a sus más de veinte publicaciones anteriores, entre las que figuran *Una historia secreta de la consciencia*, *Rudolf Steiner*, *El ocultismo en la política* o ensayos dedicados a pensadores heterodoxos como Carl Gustav Jung, Helena Blavatsky o Swendeborg. La obra que nos ocupa permite crecer orgánica y

reticularmente sus apreciaciones eruditas sobre saberes despreciados o postergados por el actual estado científico al tiempo que trata de agitar el actual conformismo frente a la deslegitimación de las humanidades. La tesis es nítida, existe una tradición de conocimiento perdido y olvidado, conocida como imaginación. Un pensamiento y facultad antropológica que, a diferencia de la devaluación que han perpetrado sobre la misma la cultura científica, la academia y la cultura popular, no es tanto la antítesis del principio de realidad o un sustitutivo del mundo cotidiano cuanto un compromiso más profundo con las mismas. Esto es, una facultad para captar realidades profundas que no están inmediatamente presentes. Una mirada, en definitiva, a la interioridad de las personas y las cosas, una visión a lo más recóndito de lo que nos rodea.

Para profundizar en esta línea directriz, Lachman reconoce la existencia de dos vías del conocimiento —imaginación y ciencia—, parejas aunque no simétricas pues una de ellas, el pensamiento científico, emergió triunfante desde la Modernidad tardía hasta culminar su ascenso durante la Ilustración. Predominante como paradigma explicativo, la ciencia se encargaría de cuantificar, descifrar y hacer de la materia —una abstracción, a fin de cuentas— el ídolo del materialismo. Este predominio produjo una escisión radical respecto del otro polo del conocimiento, la imaginación, encargado de integrar la totalidad de la realidad por medio de esquemas armoniosos y visionarios al tiempo que ambiguos. Esta matriz interpretativa sería equiparada a un conocimiento repudiado e integraría, en no escasa medida, tradiciones de saberes repudiados como el esoterismo y el hermetismo. De ahí el desequilibrio que ha proscrito la imaginación

como una retirada de la realidad, como una fantasmagoría evanescente, como un ensueño escapista. Desde este sustrato que el autor despliega temáticamente el pensamiento imaginativo por medio de categorías como la interioridad, el sujeto cognoscente, el aprendizaje de la imaginación así como la responsabilidad de la imaginación. Su objetivo es claro, postular el reequilibrio entre imaginación y ciencia, esto es, no ponderar la primera a costa de devastar a la segunda. Sólo así superará el ser humano la alienación, el cisma interior y el trastorno que le acompañan en los últimos siglos haciendo del mundo un lugar inhóspito.

Al atisbar la interioridad, Lachman cuestiona el convencionalismo que afirma que, merced a la ciencia, conocemos el mundo mejor que nuestros antepasados. La mayor profundización técnica no equivale a un conocimiento más adecuado, tal como filósofos y poetas atestiguan cada generación. Frente a la escisión antropológica entre la interioridad y la exterioridad, deudora de racionalistas como Descartes y empiristas como Locke o Hume, el autor atiende al pensamiento del mitopoeta Owen Barfield y sus investigaciones sobre la conciencia —que el propio Barfield denominó participación—. Ante la literalidad y congruencia imperantes en el mundo contemporáneo, el mitopoeta Barfield —e integrante de los Inklings, a saber, Tolkien, Lewis, Williams...— ahondaría en el lenguaje para explicar cómo se ha relacionado el hombre con el mundo. Desde la escisión que supuso la autoconciencia, a su juicio, a un lenguaje originario de carácter prosaico y figurativo no le sucedieron por añadidura la poesía y la metáfora. El procedimiento tuvo lugar en sentido contrario, en primera instancia los originarios sujetos de autoconciencia participaban de la poesía, de la inmaterialidad metafórica, para a continuación desarrollar un lenguaje literal. De ahí que Lachman recurra a esta teleología estética y gnoseológica descendente para vincular la imaginación con una mirada al interior.

Para avizorar las potencialidades del sujeto cognoscente, Lachman recurre al pensamiento de Goethe, en quien ejemplifica una ciencia poética. Por medio de la

*naturphilosophie* sería posible participar imaginativamente, atisbar la interioridad del mundo. Con ejemplos como la teoría del color, que postula que aprehendemos del mundo lo que aportamos cognitivamente a este, o la búsqueda de la planta primigenia —arquetipo físico más inteligible—, que alcanza una realidad imaginal, sería posible alcanzar el interior del fenómeno. Por tanto, la imaginación, desentraña Lachman del pensamiento de Goethe, no aspira a llegar a un mundo real más allá de este, sino a desentrañar el fenómeno en sí. Así, frente a la presunción del conocimiento científico que compele a conocer todo aquello que podamos y no lo que debiéramos, para Goethe resulta fundamental vincular la segunda vía epistemológica, la imaginación. Sólo conoceremos aquello que es bueno para nosotros: «Todo aquello que nos ayude a entender el lugar que ocupamos en el todo» (págs. 100 y 101).

Para ser recuperada, la imaginación precisa un itinerario de aprendizaje. Ello exige, como paso previo, realizar un viaje a esa interioridad mencionada en líneas anteriores. Para ilustrar mejor ese itinerario de los viajeros interiores, Lachman recurre a la vertiente más repudiada por la Modernidad de ese conocimiento imaginativo, a saber, el esoterismo occidental. Así, uno de los hallazgos que el autor considera más valiosos de la carrera investigadora de Carl Gustav Jung, a saber, el inconsciente colectivo como un modelo de psique compartida, permite calibrar la realidad de los análisis de la interioridad. Por añadidura, Lachman también apunta a Corbin, quien con su *mundus imaginalis* esboza una herméutica que deviene hermenéutica espiritual y que deriva de la filosofía de la luz del místico sincretista Suhrawardi. Aquí aparece, de manera lógica en una obra relacionada con el pensamiento imaginativo, la cadena iniciática —una *Prisca theologia*, sabiduría prístina o tradición perenne—. Por lo tanto, el viaje a la interioridad conduce a descubrir una sucesión de saberes áureos, vigentes en todo momento y en todo lugar con independencia de las formas que revista. A continuación, una vez que Lachman vincula la imaginación con el conglomerado heredado de un saber unánime, primigenio

y universal, cabe aludir al aprendizaje de la imaginación. En ese sentido, *El conocimiento perdido de la imaginación* ejemplifica ese proceso de adquisición de la epistemología postergada en autores como Kahler, Barzun o Kathleen Raine, todos y cada uno de ellos epígonos de la denuncia de las perturbaciones de Occidente. Algunos lo hacen desde el empobrecimiento estético del arte, como Barzun, o desde la hegemonía científica, como asevera Raine. No resulta casual que estos autores vuelvan su atención hacia literatos y estetas como Yeats, Taylor, Blake, Lowes o, especialmente, Coleridge. Lachman cifra en buena medida la robustez de su trama interpretativa en el propio Coleridge y, especialmente, en su división entre imaginación primaria, imaginación secundaria y fantasía. De la polaridad entre interioridad y conocimiento exterior, entre pensamiento y entendimiento, entre mente y ciencia, considera Lachman que ha de surgir el equilibrio para una epistemología sana, capaz de superar la radical y profunda escisión que nos aqueja.

No obstante, la imaginación también exige responsabilidad. Así, la *imaginatio vera*, el *esprit de finesse* pascaliano, las sincronidades jungianas, precisan de un compromiso, pues las metáforas, las analogías, no deben usurpar el lugar de la ciencia para domeñarla en una enantiodromía —una inversión unilateral psíquica—. Es menester, postula Lachman con mesura y prudencia, restaurar el equilibrio polar. Así, proscribire las reacciones imaginativas ante el exceso cuantitativo puesto que la imaginación también puede crear realidad. De ahí la necesidad de salvaguardas que pongan coto a excesos irracionales como, por ejemplo, el romanticismo más acerbo para asumir un mundo dinámico, en estado de flujo, que no sólo es susceptible de cuantificar sino también —merced a la vía de la imaginación— de ser abrazado desde visiones cualitativas.

Por lo que se refiere al trabajo editorial, cabe destacar la calidad, el esmero y el cuidado de Atalanta, algo ya habitual en sus publicaciones. Desde el aspecto estético al formato, la tipografía, todo en suma para ponderar una edición pulcra que facilita que cualquiera se atreva a recorrer

el evanescente camino de la imaginación. Cabe felicitar a la editorial porque prosigue en su empeño de dar a conocer una vertiente del pensamiento, de su historia, que ha quedado opacada y eclipsada por el ascenso triunfante de la razón instrumental, de la razón técnica y de la razón científica. Este propósito de recuperar un legado áureo de conocimientos supone un banquete intelectual en mitad de un panorama académico e intelectual ayuno de alternativas viables a la hegemonía del paradigma materialista y científicista. La gratitud de todos aquellos que persiguen con honestidad el conocimiento debería ser evidente.

*El conocimiento perdido de la imaginación* resulta, a la vista de lo expuesto, un compendio de erudición que demuestra la maestría de su autor para hilvanar distintas tradiciones de pensamiento en una obra breve sin que ello obste a la profundidad. Acierta el autor al vertebrar un ámbito del conocimiento y del pensamiento absolutamente postergado al tiempo que lo imbrica en un acervo intergeneracional de sabiduría atemporal. Un alegato, por tanto, contra las peores perversiones del científicismo y del positivismo, que en su empeño por cristalizar, diseccionar y explicar el mundo habrían asfixiado una parte sustancial de la psique. Como se ha señalado en líneas anteriores, este alegato no supone una apología del irracionismo. Recuperar el sendero extraviado por la ciencia, volver al camino del pensamiento imaginativo no supone tanto una venganza como posar la mirada en aquello que perdimos tiempo atrás. Tampoco implica renegar de todo lo que de bueno y noble tiene la ciencia. Al contrario, Lachman —en su empeño por alcanzar una síntesis fecunda de imaginación y ciencia— defiende la responsabilidad de la imaginación. Recuperar el equilibrio, atemperar la polaridad entre ambos sería un paso previo para sanar las escisiones que aquejan a la psique, al alma, con la finalidad de contemplar la realidad —a la manera de Barfield— con ojos nuevos, más sabios, pero paradójicamente más jóvenes y siempre sorprendidos. — Mario Ramos Vera, Universidad Pontificia de Comillas, mrvera@comillas.edu